

I

MI FORMACIÓN IDEOLÓGICA y política, desde mi juventud, siempre estuvo inspirada por el ideal del socialismo. Lo que me llevó a él no fue una reflexión teórica sobre la estructura económica y social del capitalismo sino una pasión de justicia ante las injustas condiciones de vida de los trabajadores y campesinos andaluces; una pasión de justicia que se avivaba ante las tímidas reformas sociales de la República española recién proclamada. Y esa misma pasión fue la que me decidió a ingresar en la organización juvenil comunista que luchaba por una alternativa social —el socialismo— en la sociedad injusta en que vivía.

La idea del socialismo que yo tenía —con base en algunos textos de Marx y de Lenin— era la de una nueva sociedad en la que, tras la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, encontrarían solución los grandes males sociales del capitalismo: la explotación, la desigualdad social, la falta de democracia y libertad —por ser éstas puramente formales—, el desempleo, etcétera.

Tomando en cuenta la experiencia histórica de la Revolución rusa de 1917 como revolución proletaria y

socialista, el socialismo ya no era sólo una idea, un proyecto de emancipación del proletario, sino una idea o proyecto de socialismo en el proceso real de su construcción que, en aquellos años de mi militancia juvenil comunista, se presentaba como la construcción de la base económica, industrial del socialismo “en un solo país”: la Unión Soviética. Este proceso de construcción del socialismo se llevaba a cabo, de acuerdo con las ideas de Lenin y Stalin, bajo la “dictadura del proletariado” ejercida por su destacamento de vanguardia: el Partido Comunista de la Unión Soviética. Este proceso de construcción —según se proclamaba oficialmente— llegó a su fin a mediados de los años treinta y así quedó establecido en la Constitución soviética de 1936. El socialismo ya no era sólo una aspiración, un proyecto, sino una realidad, y con ella se proclamaban asimismo los logros alcanzados en las condiciones de vida del pueblo soviético y la transformación de un país atrasado en una potencia industrial mundial. En cuanto a su proyección exterior, la Unión Soviética se presentaba como la “patria del proletariado” justamente por la realización del socialismo y, por ello, como la encarnación de los intereses de los trabajadores del mundo entero, lo que en virtud del “internacionalismo proletario” obligaba a todo revolucionario a la adhesión incondicional a la Unión Soviética y a supeditar, en el movimiento comunista mundial, todo interés particular o nacional al interés de la Unión Soviética como “patria del socialismo”.

Esta idea de la Unión Soviética y del consecuente deber revolucionario de defenderla ante el acoso —y la amenaza de una guerra contra ella— por parte del ca-

pitalismo era compartida no sólo por el movimiento comunista mundial sino también por amplios sectores de la izquierda y por destacados intelectuales de renombre internacional que participaban en las asociaciones que se conocían como “Amigos de la Unión Soviética”.

Las críticas a la Unión Soviética, no sólo de los ideólogos reaccionarios del capitalismo y de los sectores liberales burgueses sino también dentro de la izquierda, eran rechazadas categóricamente. Estas últimas, las críticas de izquierda, se consideraba que hacían el juego al enemigo y, en el caso de los trotskistas, que estaban a su servicio.

Ninguna crítica mellaba la convicción de los comunistas de que todo ataque a la Unión Soviética, cualquiera que fuera su intención o su contenido, sólo podía favorecer al capitalismo.

II

Una serie de hechos históricos venían a fortalecer nuestra fe en la Unión Soviética: su deslumbrante desarrollo económico en los años treinta, cuando el capitalismo no se reponía aún de los devastadores efectos de la crisis de 1929 en Estados Unidos, así como la firme posición soviética contra el expansionismo de la Alemania nazi, en contraste con las concesiones y claudicaciones de las potencias “democráticas” occidentales. En mi caso personal, me produjo también una profunda impresión, que reafirmó aún más mis convicciones comunistas de entonces, el ejemplo del dirigente del partido comunista búlgaro Georg Dimitrov quien al ser acusado del in-

cendio del Reichstag, al enfrentarse al tribunal nazi se convirtió de acusado en implacable acusador.

Acontecimientos posteriores vinieron a reforzar aún más el prestigio de la Unión Soviética: la ayuda militar —con armamento y consejeros— a la República española durante la Guerra civil, en contraste con la hipócrita actitud “neutral” de las democracias occidentales, ayuda que considerábamos generosa y desinteresada. Pero sobre todo el papel decisivo del Ejército Rojo y del sacrificio del pueblo soviético en la derrota del nazismo elevaron enormemente ante nuestros ojos el prestigio de la Unión Soviética y el de sus dirigentes encabezados por Stalin.

Consecuentemente los militantes comunistas del mundo entero quedábamos convencidos de que fue justamente gracias al sistema social socialista que la Unión Soviética pudo terminar victoriosamente la guerra que le había impuesto el nazismo. Y a este socialismo soviético permanecemos fieles todavía en los años cuarentas y la primera mitad de la década de los cincuentas.

III

Una serie de acontecimientos posteriores vino a quebrantar primero y a destruir después esta imagen de la Unión Soviética como “patria del socialismo”.

El primero fue el informe de Nikita Jruschov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en el XX Congreso de este partido, en marzo de 1956. En él se denunciaban con abundancia de datos los crímenes de Stalin, de los cuales habían

sido víctimas millones de ciudadanos soviéticos y entre ellos un alto porcentaje de comunistas. En el informe se denunciaban asimismo los métodos despóticos de dirección de Stalin. Aunque el informe era secreto pronto trascendió provocando conmoción y desconcierto sobre todo en las filas comunistas.

La pregunta que muchos nos hacíamos era simplemente ésta: ¿cómo se pudo desatar aquel terror masivo y ejercer aquel despotismo que concentrara el poder en un solo hombre, Stalin, y todo ello en nombre del socialismo?

Jruschov en su informe no daba respuesta a esta cuestión: se limitaba —con gran valentía por supuesto— a describir los hechos y expresar su indignación. Poco después se intentó una explicación en una resolución del comité central del PCUS que atribuía todos los males denunciados al llamado “culto a la personalidad”, o sea, el culto a Stalin.

A mí, como a muchos otros, no me parecía convincente esta explicación que contradecía el papel que el marxismo atribuye al individuo en la historia. Por otra parte, aunque la citada resolución reconocía los “errores” de Stalin no dejaba de señalar sus méritos, lo cual sólo servía para soslayar la explicación de aquellos monstruosos crímenes y sobre todo el que se hubieran dado en un país socialista. La vinculación del socialismo con los regímenes políticos existentes en este país y en los del llamado entonces “campo socialista” quedó un tanto quebrantada en mi opinión, aunque no abandoné la lucha por su defensa.

Un segundo acontecimiento que tuvo lugar poco después y que alimentó mis dudas sobre la “patria del

socialismo" fue la insurrección obrera en Budapest, Hungría, contra su gobierno socialista.

Y de nuevo la pregunta inquietante: ¿cómo podían levantarse los obreros contra un gobierno que, por ser socialista, tenía que representar y defender sus intereses?

Aunque el gobierno estadounidense —en plena "guerra fría"— trataba de beneficiarse al denunciar la intervención soviética en ayuda del gobierno húngaro, aquella insurrección no podía calificarse —como la calificaban los soviéticos— como una "contrarrevolución" dirigida por Estados Unidos. Para mí se trataba de una revolución contra las deformaciones burocráticas del socialismo que sin embargo no ponía en cuestión la naturaleza socialista de la Unión Soviética.

Así me pareció entonces no obstante las dudas y perplejidades que me inquietaban.

Un tercer acontecimiento que alimentó también estas dudas y perplejidades fue el triunfo de la Revolución cubana que pronto se declaró socialista no obstante que no se cumplieran en ella las condiciones señaladas por el marxismo clásico sostenidas dogmáticamente por los ideólogos soviéticos, a saber: el papel determinante en ella de la clase obrera bajo la dirección del partido comunista.

Como demostraba esta experiencia histórica, eran posibles una revolución y un socialismo no calcados de la Revolución rusa y del socialismo soviético.

Pero el acontecimiento que marcó no ya un distanciamiento sino una ruptura con el modelo de socialismo soviético o "socialismo real" fue la invasión de 1968 de Checoslovaquia por las tropas soviéticas para aplastar el intento de realizar un "socialismo de rostro huma-

no", desburocratizado, en condiciones de libertad y democracia.

Y, de nuevo, la pregunta ahora más inquietante: ¿cómo podía explicarse que un país que se llamaba socialista invadiera a otro socialista en nombre del socialismo? Y la respuesta afloraba en mí sin estar todavía fundada reflexivamente en estos términos: "la invasión sólo podía explicarse porque ese país invasor, la Unión Soviética, no era propiamente socialista".

IV

Ante las dudas, inquietudes e interrogantes que se habían ido acumulando tras los sucesivos acontecimientos, se imponía la necesidad de reflexionar sobre la naturaleza del socialismo así como sobre su lugar en el desarrollo histórico.

Y la ocasión para ello me llegó al ser invitado a los Cursos de Invierno de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM en 1970, para abordar, junto con Roger Garaudy, Lezslak Kolakowsky, Lucio Colletti y Edgar Morin, el tema de la "crítica de la utopía".

Con este motivo di dos conferencias bajo el título "Del socialismo científico al socialismo utópico", en el que se invierte deliberadamente el del conocido opúsculo de Federico Engels "Del socialismo utópico al socialismo científico".

Pero no se trataba sólo de invertir un título sino de esclarecer en qué consistía el verdadero carácter científico del socialismo y de rescatar su contenido utópico visto sólo negativamente por Engels, con lo cual ambos

aspectos —el científico y el utópico— lejos de excluirse se conjugaban. Lo científico, a mi modo de ver, fundaba la posibilidad, no la realidad o inevitabilidad del socialismo. Lo utópico era lo que había en él de ideal, su objetivo, es decir, lo que no es todavía pero puede ser si se cumplen las condiciones para su realización.

Se trataba, pues, de dos concepciones distintas del socialismo: una, aquella que lo ve como producto histórico necesario que no es pero será y cuyo advenimiento inevitable es garantizado por la ciencia, y otra, la concepción del socialismo como utopía cuya realización, aunque posible, no es inevitable. Se hacía necesario entonces pasar del “socialismo científico” que excluye la utopía a un “socialismo utópico” que, lejos de excluir la ciencia, la necesita para fundamentar la posibilidad de transformar la utopía en realidad.

Tal era la conclusión a que se llegaba en aquellas conferencias, publicadas después con el mismo título: “Del socialismo científico al socialismo utópico”.

De ellas se desprendía la idea del socialismo como proyecto, ideal o utopía que venía a constituir uno de los aspectos esenciales del marxismo: el socialismo, pues, como proyecto necesario, deseable, posible y realizable.

V

Una vez caracterizado así el proyecto de una nueva sociedad socialista, se hacía necesario precisar los rasgos esenciales de esa sociedad que —en la “Crítica del Programa de Gotha”, de Marx— venía a ser la fase inferior de la sociedad superior, comunista. Por cierto Marx fue

siempre muy parco al describirla, pero con base en pasajes de diversos textos suyos de diferentes épocas podemos distinguir los siguientes aspectos del socialismo.

En primer lugar, y como condición previa, necesaria, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, y ya como rasgos distintivos de la nueva sociedad, los siguientes:

1) la propiedad social, colectiva (no estatal), sobre los medios de producción, lo que no excluye otras formas de propiedad (personal, autogestiva, cooperativa, comunal, municipal, etcétera);

2) el Estado bajo el control de la sociedad y no al margen de (o sobre) ella;

3) democracia real, efectiva, no sólo en el terreno político sino en todas las esferas de la vida social, y

4) distribución de los bienes producidos conforme al principio de justicia ("a cada quien según su trabajo").

Tales son los rasgos esenciales de la nueva sociedad socialista que es posible deducir de los textos de Marx como alternativa a una sociedad en la que rigen la propiedad privada sobre los medios de producción, el Estado de clase sobre la sociedad, la democracia — cuando existe — puramente formal y la distribución de la riqueza social concentrada en un sector privilegiado.

VI

Con la Revolución rusa de 1917 tenemos, tras la abolición de la propiedad privada sobre los medios de pro-

ducción y la destrucción del Estado burgués, el primer intento histórico de construir esa alternativa social al capitalismo, o sea, el socialismo.

Tras de haberse construido en una sociedad atrasada, en las circunstancias internas y externas más adversas y a un ritmo acelerado, la nueva base económica industrial, los dirigentes soviéticos proclamaron —y así quedó formalizado en la Constitución de 1936— que la construcción del socialismo había llegado a su fin y que la nueva sociedad, es decir, el proyecto socialista originario de Marx, era una realidad.

Pero ¿era verdaderamente así? En diversos trabajos, y particularmente en el titulado “Ideal socialista y socialismo real”, presentado en un Encuentro Internacional en Venezuela a finales de los años setenas, ofrecí una respuesta clara a la cuestión de la verdadera naturaleza del régimen soviético señalando los rasgos esenciales de la sociedad soviética como contrapuestos a los que consideramos como propios del proyecto socialista originario de Marx.

Los rasgos que en dicho trabajo se consideraban esenciales de esta nueva sociedad o “socialismo real” eran los siguientes:

- 1) propiedad estatal, no social, sobre todo de los medios de producción;
- 2) Estado omnipotente, fundido con el partido único, en manos de una nueva clase: la burocracia estatal y del partido;
- 3) ausencia de la democracia en todas sus formas, y
- 4) posición privilegiada de la burocracia en la distribución de la riqueza social.

A la vista de los rasgos que antes había considerado propios del verdadero socialismo, llegaba a la conclusión de que la sociedad soviética, pretendidamente socialista, no era tal. Se trataba de una sociedad atípica, ni capitalista ni socialista, surgida en unas condiciones históricas peculiares y adversas que no eran las que Marx consideraba necesarias.

Este socialismo que se proclamaba a sí mismo “realmente existente”, aunque tenía muy poco de socialismo, fue el que se derrumbó en la Unión Soviética precedido del derrumbe ocurrido en los países del Este europeo desde 1989.

VII

El derrumbe del “socialismo real” —tan imprevisible como estrepitoso— provocó una conmoción mundial y un verdadero desconcierto no sólo entre los comunistas, que incondicionalmente lo seguían, sino entre amplios sectores de la izquierda, y al irse revelando su verdadera naturaleza, muchos incondicionales de ayer se preguntaban: ¿cómo explicar que del proyecto de los revolucionarios rusos, al realizarse, resultara un nuevo sistema de dominación y explotación?, ¿y cómo explicar que se derrumbara como un castillo de naipes?

A estas preguntas traté de dar respuesta en mi ensayo “Después del derrumbe”, de 1992, en los términos —muy resumidos— siguientes.

La construcción del socialismo, después de la Revolución de 1917, se emprendió en un país atrasado —la antigua Rusia zarista—, con un débil desarrollo eco-

nómico e industrial capitalista, en el que la clase obrera venía a ser una isla en un océano campesino; un país asolado por la Guerra civil y la intervención militar extranjera y aislado internacionalmente sobre todo después de la derrota de la revolución alemana. De este modo faltaban por completo las condiciones internas y externas que Marx consideraba necesarias para transitar al socialismo.

Ahora bien, por lo que toca a la base económica e industrial indispensable, se consideró que teniendo el poder se construiría desde él. En cuanto a la falta del apoyo internacional necesario, se decidió que el socialismo podría construirse en “un solo país”.

Pero la construcción de la base económica e industrial a un ritmo acelerado exigía enormes sacrificios de la población que sólo podían imponerse con medidas coercitivas que desembocaron, con Stalin, en un régimen de terror. En esas condiciones de creciente limitación de las libertades, el poder político quedó en manos de una nueva clase —la burocracia estatal y del partido— que, en nombre del socialismo, monopolizaba el sistema que ella misma proclamaba como “socialismo realmente existente”.

Y éste fue el sistema que se derrumbó como un gigante de pies de barro al no poder soportar el desafío económico y militar que le impuso tenaz y agresivamente el capitalismo, y a pesar de la prioridad que el gobierno soviético dio a su política militar y a su economía de guerra —con los consecuentes sacrificios de la población—, sin que nadie saliera a la calle para mantener en pie al “socialismo real”.

VIII

El derrumbe del “socialismo real” ha tenido, entre otras graves consecuencias, el desplazamiento de la bipolaridad de la “guerra fría” en la hegemonía mundial por el dominio unilateral de una potencia capitalista — Estados Unidos —, alimentándose así la patraña de un victorioso y eterno capitalismo y la del fin del socialismo.

Ante esto, ante el fracaso del primer gran intento histórico de construir el socialismo, y ante los sacrificios frustrados, los esforzados luchadores de ayer se preguntan desencantados: ¿vale la pena el socialismo?

En los años noventas he dado respuesta a estas interrogantes afirmando que, lejos de haber llegado a su fin, necesitamos hoy más que nunca el socialismo ya que los males del capitalismo se han agravado y nos amenazan incluso con hundirnos en una nueva barbarie, una barbarie que ni Marx ni Rosa Luxemburgo podían sospechar: la que pone en peligro la supervivencia misma de la humanidad.

En consecuencia, y por todo ello, sí, vale la pena luchar por el socialismo. Pero ¿es viable? Ante esta inquietante pregunta he reconocido en diversos trabajos, frente a la desmoralización de muchas conciencias y ante la falta de acción después del “derrumbe”, que el socialismo no sólo no está a la vista sino que ni siquiera se plantea como un objetivo a mediano o largo plazo dentro de la izquierda —aunque hay que registrar el crecimiento de un rechazo a la depredadora y belicista ofensiva del capitalismo globalizador—, sin embargo habrá que recorrer todavía un largo camino

hasta que esa creciente conciencia anticapitalista sea también la de la alternativa al capitalismo. Esta alternativa habrá de tomar en cuenta —a diferencia del socialismo originario de Marx— no sólo una transformación radical de las relaciones entre los hombres sino también de las relaciones del hombre con la naturaleza. Puesto que el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas conduce a la destrucción de la base natural de la existencia humana, ya no se trata de continuar ilimitadamente ese desarrollo, que bajo el socialismo estaría al servicio de toda sociedad, sino de limitarlo y controlarlo para poder así servirla.

Pero para que ese socialismo —que no es inevitable— se realice es preciso que los hombres tomen conciencia de su necesidad y se organicen y actúen para ello. Y si las condiciones para que se dé esa alternativa son adversas en el presente no hay que esperarlas con los brazos cruzados.

Toda acción contra las injusticias y depredaciones del sistema capitalista contribuye a debilitarlo y en esa medida despeja el camino a su desplazamiento por su alternativa: el socialismo.

IX

Llega a su término esta conferencia y con él este ciclo sobre una trayectoria intelectual comprometida. Se trata de un final que es un comienzo porque el socialismo ha estado presente desde el principio, a lo largo de toda esta exposición, como hilo conductor de esa trayectoria.

Permítaseme por ello, para reafirmar esa presencia, citar unas palabras que escribí hace 20 años y que hoy reafirmo:

“Muchas verdades se han venido a tierra; ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Sin embargo hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo —vinculado con esas verdades, esos objetivos y esas esperanzas— sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible.

“Sigo convencido asimismo de que el marxismo —no obstante lo que en él haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes están convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera, hoy como ayer, no sólo la explotación y la opresión de los hombres y los pueblos, sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque en el camino para transformar ese mundo presente hay retrocesos, obstáculos y sufrimientos que en nuestros años juveniles no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que desde nuestra juventud hemos anhelado.”

BIBLIOGRAFÍA

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Del socialismo científico al socialismo utópico*. México, Era, 1975 (incluido en *El valor del socialismo*. México, Itaca, 2000).

———, “Después del derrumbe: estar o no a la izquierda”, en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 108. Madrid, Instituto de Técnicas Sociales de la

Fundación Social Universitaria, mayo, 1992, pp. 57-67 (reed.: *Dialéctica*, nueva época, año 16, núm. 23-24. Puebla, UAP, Escuela de Filosofía y Letras, invierno de 1992-primavera de 1993, pp. 61-76).

_____, "Ideal socialista y socialismo real", *Nexos*. México, núm. 44, agosto, 1981, pp. 3-12.